

masculinos se estuvieran ocupando, en aquellos momentos, en improvisar poemas de amor.

Por lo que respecta á María del Carmen, no se consideraba enteramente en su centro; veía á aquellas gentes con el desdén propio de una gran señora, y solo aceptaba aquello que, lisonjeando su vanidad, no la desviara de su carácter de primera figura del cuadro.

La bailarina era otra cosa.

No es el *sprit*, precisamente, lo que en general caracteriza á los adeptos de Tepsícore. La estética limita su prestigio al círculo de la materia animada.

El bailarín es el sér racional que sigue inmediatamente al autómeta.

Si es varón, se le puede conceder que sigue inmediatamente al hombre, en rigurosa escala.

Si es hembra, suele no ser cierto en ella ni la voluptuosidad ni las formas.

No hay apariencia más engañosa que una pareja de baile.

Pasa junto á nosotros á las once del día una figura, cuyo color y facciones dudosas la confunden con una viuda pensionista ó con una costurera; se desliza escuálida y medio encubierta pero desapercibida; si arranca una mirada es de sorpresa; es la de algún espectador que duda si aquella sombra es la ágil, la flexible, la voluptuosa N. de cuyas formas se desprendían, la noche anterior, rayos eléctricos, que estaban haciendo temblar á la ancianidad invencible, y alborozarse á la juventud sedienta.

La bailarina de la compañía dramática de que era director y formador el señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo, se llamaba Pepa; tenía veintiocho años, catorce de los cuales había empleado en la gimnasia de las pantorrillas, y podía notar muy bien el observador un busto clorótico y enfermizo sobre unas piernas de acróbata de músculos de acero.

Al través de su zapatilla color de carne, se adivinaba el nervudo pié de correo extraordinario; al través de sus *carnes* de se-

da, los músculos de un cargador de la aduana y, ¡oh poder de la fascinación y del teatro! Pepa era una notabilidad, Pepa arrebatada, Pepa había recibido obsequios de señores capitalistas de cabeza mezclilla y dientes de *Crombé*.

Pepa había inspirado pasiones; Pepa había amargado algunas uniones conyugales; Pepa, en fin, era peligrosa.

Cuando tenía quince años la conoció Castañeda y la indujo á brincar; Pepa brincó bien, y de salto en salto llegó á las tablas.

Todo con el loable fin de mantener á su madre.

*Debutó.*

Hizo la primera noche el sacrificio de exhibir sus débiles formas, como figurante de baile.

Sobre las rosas de los quince, no desdijeron ni el albayalde ni el colorete, al contrario, realzaron á Pepa á sus propios ojos; circunstancias que es una elocuente aprobación á favor de la *mano de gato*, ó sea

esa enmendatura de moda á que hoy se ha entregado el bello sexo con tanta fé.

Y bien visto no hay cosa más natural, y sobre todo, más puesta en razón.

Somos partidarios de la toalla de Venus, porque la civilización está en su derecho para disimular, lo mejor que pueda, las imperfecciones inevitables de las razas modernas; y mientras las generaciones se legan el raquitismo y la fealdad con la invencible precipitación de las cosas á medio hacer; mientras la higiene se hace ineficaz y la depravación de las costumbres toma creces, el arte que nació de lo bello, protesta contra la generación y confecciona drogas ya que no puede improvisar salud ni sangre pura.

Holloway y Beltrán se andan por las ramas vociferando sus purificadores de la sangre; el hecho es que no nos alcanza el tiempo, ¿qué hacer entonces?

Ya que la humanidad no nos puede ofrecer ya Cleopatras ni Susanas, ni siquiera una progenie presentable, la civilización, proveedora infatigable de bienes, nos la pinta;

y aprovechando los *contornos* de la presente generación *nos ilumina* nuestras novias, *les mete* color para que el artículo no acabe de desprestigiarse en el mercado humano.

Pepa, como íbamos diciendo, se sorprendió de sí misma; y era natural.

Pepa no se había dado cuenta nunca de su propio *contorno*, hasta que el albayalde vino á realzar las líneas.

Pepa era una hermosura de *claro y oscuro* y cuando se vió *iluminada* se reconcilió consigo misma.

Pepa había concentrado todas sus facultades, desde los catorce años, en el movimiento: había puesto toda su inteligencia á sus piés, y llegó hasta no necesitar ni la palabra, y mucho menos aquello con que se hacen los sermones.

El ejercicio del baile llegó en Pepa á realizar el diptongo que hemos procurado describir, quiere decir, el busto de una anémica sobre la parte inferior de un funámbulo: llegó el mismo ejercicio á dar una flexibilidad sobrenatural á los ligamentos

de las vértebras dorsales y á los encajes de los *fémur*.

Hé aquí por qué clase de artificios anatómicos, Pepa había llegado á ser una mujer de atractivos irresistibles.

Todo esto hubo de ser edénico y maravillosamente poético para un señor magistrado de edad madura, quien sin alegato de buena prueba y sin tocar el fondo de la cuestión, se sentenció de plano al pago de costas, daños y perjuicios con sus bienes habidos y por haber.

Pepa recibió resignada, y un tanto sorprendida, el tributo que el magistrado rindió á sus atractivos; y sin hacerse un gran esfuerzo de inteligencia, comprendió desde luego que había entrado al mundo con buen pié.

Pero el magistrado hubo al fin de abandonar sus cuarteles de invierno, al resentir el irreparable menoscabo de sus rentas, á la sazón que Pepa, como los jugadores, tiraba su fortuna en un tumbo de dados.

Pepa había llegado á rodearse de una

cohorte de pollos: se desarrolló en ella el mismo vicio que en los jugadores: cambiaba baraja como ellos, ó jugaba, como ellos, con dos barajas.

Y así fueron pasándose los años cómicos; lanzándose en los recesos á la legua, buscando, como algunos gusanos los renuevos, los nuevos públicos.

Todas las medianías teatrales necesitan vivir explotando la novedad, sobre el frágil pedestal de su insuficiencia, y nunca resisten á las pruebas largas.

Hacen lo que los prestidigitadores: la ilusión está en la rapidez. Por eso D. Gervasio Miguel Romero del Campo, no se envejecía en ninguna población, y tenía burros propios para poder tener siempre el pié en el estribo.

El bailarín se llamaba Pancho Pintado, y aunque Pepa tuviera un apellido cualquiera, D. Gervasio Miguel Romero del Campo anunciaba siempre en sus programas á los bailarines de esta manera:

«La hábil *pareja Pintado* ejecutará el

precioso baile *de gran visualidad* intitulado etcétera....»

Pancho Pintado era feo, pero pintado estaba peor; tenía los cabellos muy lacios, y hacían sobre su craneo el mismo efecto que una borla de seda negra vuelta al revés, especialmente cuando Pancho no se ponía una diadema ó cinta, con la que acababa de ponerse escupible.

Cierta peste de viruelas había dejado en la epidermis de Pancho algunas docenas de concavidades resumidoras de albayalde.

Pancho tenía los ojos muy pequeños, pero para bailar corregía la linea de sus párpados con una linea ejecutada con un pincel y tinta de China; y entonces la mirada de Pancho tenía la expresión de una de esas esculturas coloridas con pestañas robadas á una piel de toro.

Pancho á los veinte años no había podido alcanzar de la mezquina naturaleza más que un bigote de pollero, segunda edición de una de sus escasas cejas; pero al exhibirse al público, Pancho se pintaba un bigo-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

v. 1625 BONTREY, BREV.

tito con corcho quemado y por añadidura se pintaba las mejillas hasta alcanzar la rubicundez de una manzana panochera.

Pancho era en todas las compañías un sér pasivo, humilde, sin pretensiones, callado, prudente, que hablaba poco con los hombres, y en cambio solía emprender largas pláticas con las coristas ó con las partes de por medio, sobre la manera de pegar unos volantes ó de colocar unos lazos; tenía un sueldo corto y siempre andaba junto á la bailarina.

Sabía coser y era el sastre de la compañía, porque no había olvidado su primer oficio; le recorría la ropa á don Gervasio y tenía mucha gracia para entallar un corpiño.

Su andar era característico: volvía mucho las puntas de los piés hacia fuera y nunca se paraba derecho ni dejaba caer los dos brazos; no se ponía la mano en los bolsillos, sino en la cintura, tenía una voz aflautada y suave, hablaba despacio y padecía dolor de clavo.

No enamoraba á las actrices y nadie le

conoció inquietudes ni malas inclinaciones.

Pancho era bueno.

Todos le trataban con confianza, porque la inspiraba.

En lo general estaba triste, y era por esto:

Había llegado á adquirir suma ligereza y daba ya ciertos pasos difíciles y resgosos que pertenecían más bién al funambulismo que al arte coreográfico; giraba en el aire en sentido diagonal y hacía otros varios prodigios por este estilo; y á pesar de eso, en lo general, no era aplaudido; siempre el público estaba frío con el bailarín y más de una vez los *ceceos* fueron solamente la cosecha de su talento coreográfico, especialmente cuando bailaba solo ¡y no bailaba mal!

Esto había lacerado su alma; y por eso estaba triste y como resignado á seguir ganando su vida haciéndose tolerar del público.

En cambio de lo mal que el público pagaba la habilidad de Pancho Pintado, en el

baile, cada vez que Pancho desempeñaba un papel (que hacía detestablemente) obtenía una silba: de manera, que, sin saber hacer más por su parte, no sabía qué sería más ingrato para él, si la aguja, el baile ó la declamación, pues estaba decretado que Pancho no había de comer sino á fuerza de decepciones.

En cambio Pepa sabía aún alcanzar grande éxito sobre las tablas.

Tal era la *inimitable* pareja Pintado.

La animación se había difundido por fin entre los concurrentes al día de campo: el poeta era el más feliz de los hombres, le había apretado la mano á María del Carmen; don Pepe iba estando cada vez más seguro de su dicha, y muchos de los concurrentes gozaban en la fiesta, convenciéndose á pesar de todo, de que los cómicos son hombres como todos.

—Mire usted, decía el juez, yo soy hombre de experiencia, que de lo contrario, á la hora de ésta habría ya caído en el garlito.

—¿Por qué? le preguntó la mujer del administrador de rentas.

—Porque estas cómicas son terribles.

—¡Quite usted allá, señor juez! si yo estoy que se me pueden tostar habas; yo no soy celosa, Dios me librara; pero veo unas cosas.....

—¿Pues qué ha visto usted, señora?.....

—No..... lo que es de ver algo..... no, señor; pero en fin, una no es tan tonta que no comprenda lo que pasa, y como estas mujeres son tan descocadas..... la verdad, á mí no me gusta la gente de teatro; yo por mi gusto no hubiera venido, pero por don Pepe.....

—¡Ah! ya se vé... qué había uno de hacer!

—Pues vea usted, señor juez, la bailarina me parece más juiciosa.

—Sí, hasta ahora..... por lo menos yo la he visto bailar como á todas, quiero decir, sin ninguna actitud deshonesta.

—¡A fé que la tal María del Carmen! tiene un modo de bailar.....que la verdad no me gusta.

— Dicen que es de moda.

— ¡Vaya una moda!

— No se canse usted, señora, los cómicos para las tablas, pero nó para tratarlos de cerca.

— Y luego que no sé si habrá usted estado en antecedentes.

— ¿De qué?

— ¡Cómo de qué! todo esto no es sino porque don Pepe se ha enamorado de la cómica.

— ¡Ah que don Pepe! si es capaz de.....

— Ya lo conoce usted, y yo no sé qué le ven las mujeres.

— Su dinero.

— ¡*Por cierto* de su dinero!

Estos y otros muchos por este estilo eran los comentarios que aquella amable concurrencia hacía de los cómicos que estaban á la orden del día, ni más ni menos que si fuera de noche.



## CAPÍTULO VIII.

EN EL CUAL EMPIEZA EL LECTOR  
Á SEGUIR MUY DE CERCA  
LOS PASOS DE ISOLINA.

**D**OS horas antes de marchar la compañía y después de haber dado las seis funciones en el pueblo, Pico ensilló á tientas su caballo y sacó á Isolina de su prisión, y hasta la noche de ese día fué cuando D. Gervasio Miguel Romero del Campo se enteró del aumento en el personal del elenco.

— Ven acá, director, le dijo Pico á Rome-